

Gallego, Julián

El Estado en el Mediterráneo antiguo : Egipto, Grecia, Roma / Marcelo Campagno ; Julián Gallego ; Carlos G. García Mac Gaw. - 1a ed. - Buenos Aires : Miño y Dávila editores, 2011.

432 p. ; 23x14.5 cm.

ISBN 978-84-92613-56-4

1. Historia del mundo antiguo. I. Campagno, Marcelo II. Gallego, Julián III. García Mac Gaw, Carlos
CDU 971

Marcelo Campagno / Julián Gallego / Carlos G. García Mac Gaw (comps.)

EL ESTADO EN EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

EGIPTO, GRECIA, ROMA

Diseño y composición: Gerardo Miño

Edición: Primera. Agosto de 2011

Tirada: 500 ejemplares

ISBN: 978-84-92613-56-4

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2011, Miño y Dávila srl / © 2011, Pedro Miño

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com.ar

Mail administración: info@minoydavila.com.ar

En España: P.I. Camporoso. Montevideo 5, nave 15
(28806) Alcalá de Henares, Madrid.

En Argentina: Miño y Dávila srl
Av. Rivadavia 1977, 5to B
(C1033ACC), Buenos Aires.
tel-fax: (54 11) 3534-6430

04-028-107

21 copias

PEFSCEA

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Estudios del Mediterráneo Antiguo / PEFSCA N° 7

Agradecimientos

Queremos expresar especialmente nuestro agradecimiento al Dr. José Antonio Pérez Gollán, director del Museo Histórico Nacional, por haber hecho posible que el coloquio se realizara en el auditorio de dicha sede. Asimismo, agradecemos a Marcos Cabobianco, Augusto Gayubas, Marina Méndez, Diego Paiaro, Emanuel Pfoh, Mariano Requena, Pablo Sarachu y Mariano Splendido, quienes colaboraron sin descanso en la organización y realización del coloquio. El agradecimiento a Augusto Gayubas, en particular, también se extiende a su minucioso trabajo en el proceso de edición. También queremos agradecer a los invitados y al público en general, que brindaron una cálida respuesta ante la convocatoria. Finalmente, expresamos nuestro reconocimiento al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas por el apoyo económico otorgado mediante una financiación para la organización de reuniones científicas, a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica que ha subsidiado la edición de este volumen (PICT 2006-00355) y a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por la colaboración brindada para la realización del coloquio.

ÍNDICE

Introducción	7
PRIMER PARTE: Antiguo Egipto	11
Los barbechos del demiurgo y la soberanía del faraón. El concepto de "imperio" y las latencias de la creación, por Pascal Vernus	13
En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo, por Marcelo Campagno	45
De la relevancia de los conceptos de "sociedad estatal", "ciudad-Estado" y "Estado tribal" en Siria-Palestina, por Emanuel Pfoh	81
Templo y dinastía: Ezequías, la reformulación de Judá y el surgimiento de la ideología panisraelita, por Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman	105
La refundación del Estado egipcio en la época ptolemaica, por José das Candeias Sales	135
SEGUNDA PARTE: Grecia Antigua	155
La formación del Estado en Atenas. El sinecismo ático, entre mito y realidad, por Miriam Valdés Guía	157
La asamblea ateniense y el problema del Estado. Instauración y agotamiento de una subjetividad política, por Julián Gallego	181

Las ambigüedades del Estado en la democracia ateniense: entre la libertad y la coacción, <i>por Diego Paiaro</i>	223
Comunidad e individuo en la democracia antigua: Garantías del individuo y espacio privado en la democracia ateniense, <i>por Laura Sancho Rocher</i>	243
¿Utopías estatales? La <i>pólis</i> cómica y las (in)versiones del orden jurídico en Aristófanes, <i>por Emiliano J. Buis</i>	267
El Estado socrático, el imperio y la práctica de la comensalidad, <i>por Domingo Plácido</i>	289
TERCERA PARTE: Mundo Romano	303
<i>Officium consulis</i> . Las funciones civiles de los cónsules durante la República romana (367-81 a.C.), <i>por Francisco Pina Polo</i>	305
Estado y esclavismo en el Imperio Romano, <i>por Carlos G. García Mac Gaw</i>	325
Política y violencia en la reflexión ciceroniana: legalidad, legitimidad, oportunismo, <i>por Antonio Duplá</i>	351
Augusto, monarquía y revolución, <i>por Pedro López Barja de Quiroga</i>	371
El lugar de las etnias en la construcción del Estado augusteo. Los rútilos en la <i>Eneida</i> , <i>por Cecilia Ames y Guillermo De Santis</i>	391
Problemas de definición en torno al patronazgo rural de la Galia tardorromana, <i>por Pablo Sarachu</i>	409

INTRODUCCIÓN

En el Museo Histórico Nacional de la ciudad de Buenos Aires, el Programa de Estudios sobre las Formas de Sociedad y las Configuraciones Estatales de la Antigüedad llevó a cabo durante los días 3, 4 y 5 de septiembre de 2009 su *Segundo Coloquio Internacional: "El Estado en el Mediterráneo Antiguo"*. Dando continuidad a la serie de problemáticas abordadas en el primer Coloquio del PEFSCEA realizado dos años antes¹, importantes investigadores se abocaron en esta oportunidad a reflexionar sobre temas tales como el surgimiento del Estado en la Antigüedad, su funcionamiento y sus formas de organización institucional, o sus configuraciones políticas y el rol de las élites dirigentes, centrandó la atención en el Egipto antiguo y sus periferias, las *póleis* de la Grecia antigua y la Roma republicana, imperial y tardo-antigua, es decir, en tres grandes ámbitos en los que, de manera independiente, tuvo lugar una variedad de experiencias estatales, cuyas similitudes y diferencias requieren ser explicadas y comparadas.

En este sentido, se sabe que la divergencia entre los procesos históricos de formación del Estado en el Egipto antiguo, por un lado, y en el mundo greco-romano, por el otro –divergencia que podría resumirse esquemáticamente bajo la fórmula: “coerción sobre el súbdito frente a libertad-igualdad del ciudadano”–, dejó una profunda huella en la historia y el pensamiento político de Occidente, que a veces se ha querido interpretar como explicación de la supuesta superioridad de Occidente. Puede verse en esa asunción un doble procedimiento que, al mismo tiempo, postula una secuencia temporal que “conduce” de Oriente a Occidente y pondera tal secuencia bajo el prisma valorativo de las doctrinas evolucionistas. Ante tal situación, el análisis de los procesos históricos concretos debería permitir establecer las pautas específicas de cada configuración estatal, evitando toda suposición de alcance suprahistórico acerca de la supremacía de unas formas sociales sobre otras. Partiendo de lo específico, las comparaciones facilitan los contrastes entre las diversas situaciones, lo que a su turno habilita la profundización del pensamiento acerca de cada una de las sociedades estudiadas, evitando los reduccionismos superficiales cuyo peso ideológico –más allá del que

¹ M. Campagno, J. Gallego & C.G. García Mac Gaw (eds.), *Política y religión en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Estudios del Mediterráneo Antiguo PEFSCEA 6, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2009.

EN LOS UMBRALES: INTERSTICIOS DEL PARENTESCO Y CONDICIONES PARA EL SURGIMIENTO DEL ESTADO EN EL VALLE DEL NILO

— I —

Durante la segunda mitad del IV milenio a.C. se produce en el valle del Nilo una serie de transformaciones, sin duda cruciales: son las que conducen a la constitución de una sociedad de tipo estatal, es decir, una sociedad escindida en la que una minoría ejerce su supremacía sobre la mayoría a partir del monopolio legítimo de los medios de coerción. Ese proceso tiene lugar en un escenario sociopolítico difícil de determinar en función de la escasa evidencia disponible pero seguramente caracterizado por la existencia de comunidades organizadas a partir del predominio de la lógica del parentesco. Ahora bien, en las sociedades donde el parentesco domina, la ausencia del monopolio de la coerción no se debe a una *carencia* ni a una presencia demasiado *germinal* para que pudiera ser percibida, tal como las perspectivas evolucionistas tienden a proponer. La inexistencia de tal característica se explica mejor en función de la incompatibilidad de la lógica del parentesco respecto de las prácticas basadas en el monopolio de la coerción. Siendo así, el surgimiento del Estado resulta un proceso paradójico: se produce en el marco de un tipo de sociedades cuya estructuración misma tiende a impedir que tal proceso ocurra.

¿Cómo se ha resuelto la paradoja? ¿Cómo ha surgido el Estado? Una forma posiblemente promisorio de afrontar estas preguntas difíciles es la que apunta a determinar no las causas del Estado sino las *condiciones* en las que lo estatal fue posible. En este sentido, vale la pena notar que el parentesco constituye tramas sociales discretas, que no se extienden indefinidamente y que, por lo contrario, tienden a contraponerse respecto de otras tramas parentales. Los ámbitos que se extienden *entre* diversas tramas de parentesco —y que aquí llamaré *intersticiales*— implican espacios sociales extraparentales y, por ello, terrenos propicios para esperar la emergencia de prácticas que se sustraigan a los principios que regulan

la lógica del parentesco. Ahora bien, planteado el problema en estos términos, las preguntas retornan: ¿qué clase de espacios intersticiales entre tramas parentales puede propiciar la emergencia de lo estatal? Y más allá del plano puramente teórico, ¿qué correspondencia puede haber entre estas formulaciones y la evidencia disponible para el valle del Nilo?

— II —

Vayamos por partes. Ante todo, conviene establecer cuál es la importancia del parentesco en los modos de organización de las sociedades no-estatales y en qué sentido obstruye la emergencia de liderazgos de tipo estatal. La condición privilegiada del parentesco en tales sociedades puede ser apreciada de múltiples modos, especialmente documentados a través de la vía etnográfica. Tal situación se advierte con claridad respecto de los criterios centrales de identidad, fuertemente definidos en términos parentales, que implican una equivalencia entre la condición de miembro de la comunidad y la condición de pariente, de tal modo que aquél que no es pariente, es en rigor un extraño, un extranjero, un "otro". Desde un punto de vista político, las formas de liderazgo suelen definirse en función de la posición generacional de los jefes, o bien del sistema de descendencia que los conecta con el ancestro fundador de la comunidad. Desde un punto de vista económico, la producción se lleva a cabo en unidades parentales, y las prácticas asociadas a la circulación de bienes suelen ser de índole sensiblemente diversa si tienen lugar entre parientes —entre quienes, en los términos de Marshall Sahlins, predominarán formas de reciprocidad generalizada a equilibrada— o entre individuos de comunidades diferentes —entre quienes predominarán diversos modos de reciprocidad negativa—. Y desde un punto de vista ideológico, la posición dominante del parentesco puede notarse tanto en la creencia de que todos los integrantes actuales de la comunidad descienden de un antepasado común como en la definición de los lazos que las entidades sobrenaturales (dioses, héroes y otros personajes míticos) trazan entre sí o con la comunidad, que se expresan en términos de parentesco¹. De este modo, es posible afirmar que, en la medida en que su alcance en las sociedades no-estatales va más allá de la expresión de lazos interpersonales con un referente en última instancia biológico, el parentesco es dominante en tales organizaciones sociales. En efecto,

1 Acerca del papel del parentesco en las sociedades no-estatales, cf. Campagno (2002, 69-77, con bibliografía). Acerca de las formas de reciprocidad, Sahlins (1983 [1974], Cap. 5).

en esos ámbitos, las prácticas sociales se modelan en función de su compatibilidad con los principios que el parentesco establece, esto es, con la *lógica* del parentesco.

¿Se puede advertir algo de esto en la escasa evidencia disponible para el valle del Nilo de tiempos pre-estatales? La vía arqueológica —la única disponible para tales épocas— suele ser mucho menos elocuente que la etnográfica, pero algunos indicios resultan significativos. Por un lado, existe un conjunto de cementerios predinásticos (en Badari, Naga ed-Dêr, Armant, Nagada, Hieracópolis y la Baja Nubia) cuya distribución del espacio interno determina una serie de sub-agrupamientos (*clusters*) de tumbas. Tomando en cuenta que tales *clusters* no se hallan determinados por criterios de edad, sexo o grupos de actividad, una comparación con testimonios etnográficos sugiere que esos agrupamientos pueden relacionarse con subgrupos parentales, lo que implicaría que el parentesco se presenta allí como el criterio para la organización del espacio funerario. En la misma línea, la analogía entre las formas de las viviendas y las tumbas (ambas de formato redondeado en el período Badariense, c. 4500-3900 a.C., y ambas incorporando formas rectangulares a partir de la fase Nagada I-IIB, c. 3900-3600 a.C.) permite pensar en cierta continuidad entre los modos de concebir el hábitat de los vivos y de los muertos, lo cual, a su vez, puede remitir a la permanencia simbólica de los parientes muertos dentro de la comunidad, como es frecuente en escenarios etnográficos. Y por otra parte, la colocación de ajueres funerarios junto con los difuntos (visible desde tiempos badarienses, y en cantidades y variedades cada vez mayores durante Nagada I y II) permite pensar en los circuitos de reciprocidad propios de las prácticas del parentesco: en efecto, el pariente muerto podría recibir esos bienes de sus descendientes vivos en tanto contradones por los dones legados durante su vida, y a la vez, en tanto dones de los descendientes a la espera de retribución, en función de que los parientes muertos podrían actuar como intercesores para lograr fertilidad y abundancia para la comunidad².

El registro arqueológico es algo más elocuente en relación con la posibilidad de documentar formas de liderazgo en el valle del Nilo durante las épocas pre-estatales. La iconografía —tanto la decoración sobre cerámica como los grabados rupestres— suele presentar un tipo de personajes que contrastan notablemente respecto de otros por su mayor tamaño, por estar ataviados con tocados de plumas, estuches fálicos, colas postizas y por portar diversos objetos (mazas, cetros), que probablemente

2 Cf. Campagno (2006, 21-24, con bibliografía).

representan figuras asociadas al liderazgo local. En ocasiones, ese tipo de objetos también se conoce a través de los hallazgos en los sepulcros, en donde formaban parte de algunos ajuares funerarios. Por lo demás, esos testimonios de probables jefes han de ponerse en correlación con la evidencia que indica cierta diferenciación social —mayormente documentable por la variedad en riqueza de las ofrendas funerarias— y con la que permite inferir la existencia de diversas prácticas asociadas a la producción, a los intercambios, a los rituales y a la guerra: en efecto, si, por un lado, la diferenciación social permite notar la existencia de élites locales que podrían constituir los entornos sociales de tales personajes, por otro, las prácticas referidas proporcionan contextos para la acción de esos posibles jefes comunales. En tales condiciones, parece probable que, desde un punto de vista sociopolítico, el valle del Nilo de la primera mitad del IV milenio a.C. haya sido el escenario para una pluralidad de sociedades aldeanas con cierta diferenciación social y con ciertas formas de liderazgo, compatibles con las que define el modelo antropológico acerca de las llamadas “sociedades de jefatura”³.

— III —

Ahora bien, las perspectivas evolucionistas —aún dominantes en los modos de percibir el problema del surgimiento del Estado— tienden a identificar esas figuras de liderazgo como los antecesores directos de los monarcas de tiempos estatales. Por cierto, se trata de una tendencia subyacente: a primera vista, el problema del origen del Estado parece afrontado a partir de una enorme variedad de hipótesis, formuladas desde muy diversas corrientes de pensamiento. Las propuestas pueden abarcar múltiples aspectos analíticos, entre los que suelen entrar en juego la ecología, la demografía, la tecnología, la producción y la redistribución, los intercambios, la administración, la ideología, los conflictos con otras sociedades o los que suceden en el interior de un mismo grupo. Las teo-

3 Acerca de las representaciones de personajes destacados en las cerámicas decoradas, cf. Vandier (1952, 286-88, 352-53); Midant-Reynes (1992, 165-67, 180-82); Dreyer *et al.* (1998, 84, 111-15); Hendrickx (1998, 204-7). En relación con los grabados rupestres, cf. Winkler (1938, pl. xiii-xl); Redford y Redford (1989, 3-50); Berger (1992, 107-20); Wilkinson (2000, 158-65). Sobre la interpretación de ciertos objetos depositados en las tumbas como atributos de autoridad, cf. Midant-Reynes (1992, 121: El-Omari); Hoffman (1982, 145: Hieracómpolis). Cf. las imágenes reunidas en la fig. 8. La cuestión de las formas de liderazgo en el valle del Nilo predinástico ha sido considerada en Campagno (2002, 153-58). En cuanto al problema teórico de las sociedades de jefatura, cf. Campagno (2000, 137-47, con bibliografía).

rias pueden enfatizar el consenso o la violencia, pueden ser monocausales o pluricausales, universalistas o particularistas. Sin embargo, más allá de toda esta aparente diversidad, el advenimiento de lo estatal tiende a ser regularmente percibido como un proceso gradual en el marco del cual unos jefes no-estatales lentamente se transforman en poderosos reyes, en el marco de una exitosa y siempre creciente acumulación de poder, como si se tratara de un tránsito más o menos inscripto en la esencia misma del devenir social y como si esas “sociedades de jefatura” fueran menos un tipo de sociedad en sí que la antesala forzosa de un orden estatal. En efecto, si algo unifica a la mayor parte de las actuales hipótesis sobre el origen del Estado, ese algo es la creencia en que el proceso constituye una especie de desarrollo paulatino desde formas embrionarias hacia formas plenas, como si la “semilla” de lo estatal ya estuviera sembrada en las sociedades anteriores, de modo que sólo se requiriera de tiempo y algunos cuidados para que el Estado pudiera florecer de modo apropiado⁴.

Pero, si se trasciende la mirada evolucionista, el problema puede cobrar un aspecto radicalmente distinto. Por una parte, porque no hay razones de ningún tipo para sostener que una configuración social deba definirse en función de una esencia trans-histórica, que sitúe el sentido de la situación histórica no en la propia situación sino en una suerte de legalidad que al mismo tiempo da cuenta de su pasado y de su futuro. Y por otra parte, porque es la propia lógica del parentesco la que, en las sociedades no-estatales, impone límites a las posibilidades de que los líderes devengan “naturalmente” en poderosos reyes de Estado. En principio, la lógica del parentesco no se opone a la existencia de toda forma de liderazgo, pero los liderazgos posibles han de ser compatibles con los principios recíprocos en los que aquélla se basa⁵. En este sentido, vale la pena notar, como lo ha hecho Pierre Clastres, que la condición diferencial de los jefes no-estatales en sus sociedades no se basa en el poder —atributo del monarca— sino en el prestigio⁶. Se trata, entonces, de figuras de liderazgo cualitativamente diferentes: una no es la versión en pequeña escala de la otra. Así, como señalaba Sahlins, en las sociedades no-estatales, “la organización de la autoridad no se diferencia

4 La cuestión ha sido discutida *in extenso* en Campagno (2002, Cap. 2).

5 De acuerdo con Gouldner (1973, 232), la norma de la reciprocidad “plantea dos exigencias mínimas relacionadas entre sí: 1) la gente debe ayudar a quien le ha ayudado, y 2) la gente no debe perjudicar a quien le ha ayudado”. Basada en este principio, la práctica del parentesco implica un juego interminable de dones y contradones entre los integrantes de la sociedad cuya existencia regula.

6 Cf. Clastres (1981, 145-49).

del orden del parentesco”, y los jefes que intentan trasponer los límites que éste pone a la desigualdad social, olvidando que “donde el parentesco es rey, el rey es, en última instancia, sólo pariente, y algo menos que real”⁷, se encuentran con el rechazo de su sociedad, que se traduce, frecuentemente, en el desprecio, en el destronamiento o, incluso, en la muerte del pretendido “rey”.

De este modo, la lógica del parentesco establece un límite que impide la estructuración de una diferenciación sociopolítica fuerte en el interior de las sociedades no-estatales. Y ese límite es el de la imposibilidad estructural del monopolio de la coerción física. Ahora bien, dado que tal diferenciación y tal monopolio de la coerción constituyen condiciones *sine qua non* para la existencia del Estado, esto significa que la lógica del parentesco se halla en abierta contradicción con el proceso que implica el advenimiento del Estado. En otros términos, parentesco y Estado organizan sociedades radicalmente diferentes porque la norma de la reciprocidad resulta plenamente incompatible con las relaciones de dominación sustentadas en el monopolio de la fuerza, que sostienen a la lógica estatal.

Pero si las sociedades no-estatales son organizaciones basadas en el parentesco, y el parentesco impide que aparezca la lógica estatal, ¿cómo pudo surgir el Estado? Como se apuntaba en la introducción, me gustaría proponer aquí que una forma de afrontar semejante paradoja puede ser la de intentar pensar no en la *causa eficiente* del Estado sino en las *condiciones* en las que la lógica estatal se tornó posible. En este sentido, una observación se impone: el hecho de que las sociedades estatales sean de una escala mucho mayor que aquellas organizadas por el parentesco no significa solamente una cuestión de tamaño. Antes bien, tal diferencia obedece centralmente a la tendencia expansiva, centrífuga, de la lógica estatal, que contrasta sensiblemente con la tendencia al acotamiento de la lógica del parentesco, la cual produce un tipo de organizaciones sociales discretas y en contraposición con otros grupos organizados en función de criterios similares. En efecto, cada trama parental se define a sí misma en un juego de oposiciones con otras tramas, a las que, respecto del propio grupo, se reconoce como integradas por “no-parientes”⁸. Así,

7 Sahlins (1983 [1974], 149; 1978, 257).

8 “Incluso la categoría de «no pariente» —señala Sahlins (1978, 245)— está definida por el parentesco, es decir, como el límite lógico de la clase. [...] Mas para ellos el no parentesco es, ordinariamente, la negación de la comunidad o tribalismo, y, por lo tanto, es a menudo sinónimo de «extranjero» y «enemigo». También Clastres (1981, 202-3) señalaba que esa relación negativa con el exterior es necesaria para la reproducción del propio grupo, en tanto límite que a la vez refuerza la identidad de sus integrantes —aquí diríamos, los “parientes”— y excluye a los que no lo son —los “otros”: “es justamente este Otro —los grupos vecinos—, el

a diferencia de lo estatal, la lógica del parentesco produce escenarios sociales forzosamente fragmentados, atomizados, múltiples. Y esa multiplicidad que implica la coexistencia entre diversas tramas parentales implica también la existencia de espacios que se extienden *entre* las diversas tramas de parentesco. Esos espacios *intersticiales* son, por definición, ámbitos sociales extraparentales: en la medida en que se hallan más allá de cada trama parental, no se encuentran regulados por la lógica del parentesco. Por ello, pueden constituir terrenos propicios para la emergencia de prácticas que se sustraigan a los principios que tal lógica impone allí donde domina.

Ahora bien, considerados de este modo, esos ámbitos intersticiales sólo se definen en términos negativos, como ámbitos no-parentales. Y, en rigor, no hay razones para suponer que una misma positividad recorra a todos ellos: en efecto, la condición específica de esos ámbitos intersticiales quizás pueda variar en función de las situaciones singulares a ser abordadas. Partiendo de esta premisa, quisiera considerar aquí tres posibles escenarios intersticiales, que podrían haber propiciado la aparición de prácticas de tipo estatal en el valle del Nilo, hacia mediados del IV milenio a.C. Esos escenarios son: 1) el de las guerras que se registran en el Alto Egipto durante la segunda mitad de la fase Nagada II, bajo la interpretación de que esas guerras pudieron desembocar en la conquista de unas comunidades previamente autónomas por parte de otras, de modo tal que la resolución de los conflictos involucrara alguna forma de control permanente de los vencidos por los vencedores; 2) el de los contextos urbanos iniciales tales como el que proporciona Hieracópolis durante Nagada II, entendidos como ámbitos que no resultan del crecimiento vegetativo de una comunidad preexistente sino de procesos de concentración poblacional de procedencia diversa; y 3) el de las formas de liderazgo sagrado como el que la realeza egipcia parece representar desde la época predinástica, en las que el líder puede presentarse como un ser desocializado respecto del resto de la comunidad y, por ende, al margen de los principios que rigen en el marco del orden parental. Quisiera proponer que estos tres escenarios, no necesariamente incompatibles entre sí, permiten pensar en el surgimiento de lo estatal en el valle del Nilo en tanto dinámica que emerge *en exterioridad* respecto

que devuelve a la comunidad su imagen de unidad y de totalidad. [...] Cada comunidad, en tanto es indivisa, puede pensarse como un Nosotros. Este Nosotros, a su vez se piensa como totalidad en la relación que sostiene con los Nosotros equivalentes, constituidos por los otros poblados, tribus, bandas, etc. La comunidad primitiva puede plantearse como totalidad porque se constituye en unidad: es un todo finito porque es un Nosotros indiviso”.

de la lógica del parentesco, y que es precisamente en función de esa localización extraparental que esa dinámica produce una nueva lógica de organización social.

— IV —

Consideremos, en primer lugar, la cuestión de las guerras de conquista. Tal escenario implica un tipo de relaciones que se entablan en un espacio intercomunal. Desde el punto de vista del parentesco, se trata de un tipo de espacios intersticiales, en la medida en que cada comunidad puede concebirse como *una* trama parental diferente regida por una lógica autónoma⁹, de modo tal que lo extracomunal es, por fuerza, un ámbito extraparental. En el marco de esos espacios intersticiales, las comunidades pueden entablar diversos tipos de contactos. Los puede haber de índole pacífica —mayormente ligados a las prácticas de intercambio—, lo que determina aliados, y los puede haber de índole conflictiva, lo que determina enemigos. En principio, ni los intercambios ni las guerras típicas de las sociedades no-estatales —esto es, las de ataque y retirada— implican que estén dadas las condiciones para que advenga el Estado. Antes bien, se trata de un tipo de prácticas que se limita a los momentos puntuales del encuentro entre las partes, de modo que, tras su finalización, nada altera sustancialmente el *statu quo* preexistente. Pero, allí donde suceden, las guerras de conquista entre comunidades pueden generar las condiciones que requiere la emergencia de lo estatal¹⁰. Tales guerras constituyen un tipo de conflictos que involucra la decisión, por parte de los vencedores, de apropiarse del territorio y recursos de los vencidos. Y esa decisión —allí donde no desemboca en la expulsión total de los derrotados— impone la necesidad de un lazo permanente entre sociedades anteriormente desvinculadas, que se expresa en términos de dominación. En una situación tal, el monopolio de la coerción resultaría una consecuencia directa de la conflagración bélica: la práctica estatal establecería su efecto de polarización social convirtiendo a los vencedores y los vencidos del conflicto en los dominadores y los dominados de la nueva

9 O dicho de otro modo, de lo que se trata es de asumir que el parentesco opera como práctica dominante a la escala de la comunidad, lo cual no significa que todas las prácticas de la comunidad sean prácticas de parentesco sino que todas son compatibles con los principios que sustentan las prácticas parentales. Al respecto, cf. Campagno (2002, 71-72).

10 Sobre la diversidad de formas de las prácticas bélicas en sociedades no estatales, cf. Keeley (1996); Kelly (2000); Otterbein (2004).

sociedad. En efecto, en la medida en que los vencidos serían no-parientes respecto de los vencedores, el nuevo lazo permanente entre unos y otros no tendría por qué regirse por la lógica parental que organiza la trama social de cada comunidad. En ese espacio intersticial, este tipo de conflictos podría abrir las puertas para la instauración de otra lógica, ya no basada en los principios de la reciprocidad parental sino en aquellos de la coerción estatal.

Ahora bien, ¿hubo conflictos de este tipo en el valle del Nilo, en la época en la que surge el Estado egipcio? La existencia de conflictos bélicos en el Alto Egipto predinástico se halla relativamente bien documentada a partir de la fase Nagada II. Por una parte, pueden interpretarse en este sentido los testimonios de posibles armas (mazas, flechas, lanzas, hachas, cuchillos)¹¹. Por otra parte, existe cierta evidencia acerca de la construcción de murallas con una finalidad presumiblemente defensiva. En Abadiya, se ha hallado un modelo de arcilla que, al parecer, representa una muralla con dos individuos apostados detrás de ella. Y en Nagada, se ha referido la existencia de un muro de dos metros de espesor que podría constituir “una indicación de conflicto o de la amenaza de conflicto”¹². A partir de Nagada IIC (c. 3600 a.C.), esto es, de la época en que emergen los primeros indicios estatales, esos testimonios se refuerzan con aquellos que provienen del ámbito de la iconografía. Las escenas representadas en la Tumba 100 de Hieracómpolis, en el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak, en las paletas de los Buitres, de los Toros, de las Ciudades y otros objetos de los más tempranos tiempos estatales, así como en grabados rupestres como los representados en Dyebel Chauti, destacan la violencia a partir de la descripción de combates cuerpo a cuerpo (entre humanos o entre humanos y animales), de la captura de prisioneros, de la existencia de poblados amurallados, o de la representación de motivos asociados al triunfo en la guerra¹³. Así pues, tanto la evidencia pre-estatal como

11 Sobre el armamento durante el período Predinástico, cf. Shaw (1991, 31); Midant-Reynes (1992, 112-200); Gilbert (2004, 33-72). Cf. Fig. 1. Por cierto, podría argumentarse que muchos de estos objetos podrían ser utilizados en otras actividades, especialmente, en las tareas relativas a la caza. Sin embargo, al menos en lo que refiere a arcos y flechas, lanzas, hachas y mazas, permanece el hecho de que, en tiempos faraónicos, constituían parte del principal armamento de los ejércitos.

12 Bard (1987, 92). Al respecto, cf. también Trigger (1985 [1983], 56); Bard, (1994, 77). Acerca del modelo de Abadiya, cf. Payne (1993, 17); cf. también Shaw (1991, 15-16); Williams (1994, 273); Gilbert (2004, 103). Cf. Fig. 2.

13 Al respecto, cf., entre otros, Hoffman (1979, 340-44); Finkenstaedt (1984, 107-10); Williams (1986, 155-72); Monnet-Saleh (1986, 227-38); Spencer (1993, 53-58); Darnell (2002). Cf. Fig. 3.

la de la época estatal inicial permiten inferir que el Estado emerge en el valle del Nilo en un clima de recurrentes conflictos bélicos.

Por cierto, esos testimonios dicen muy poco acerca de la índole específica de tales conflictos. En efecto, ni las escenas de combates, ni las armas utilizadas en ellos, ni la edificación de murallas defensivas, ni la toma y ejecución de prisioneros ofrecen pistas acerca de los objetivos de los participantes en tales guerras. Es cierto, sin embargo, que esos conflictos tienen lugar *en simultáneo* con los comienzos del proceso de unificación política del valle del Nilo, y es posible suponer una relación específica entre ambas cuestiones. En ausencia de unos motivos evidentes de suyo, se han propuesto diversos modelos para pensar esa probable relación bajo el prisma de la conquista. Algunos de ellos —que proponen guerras entre pastores y agricultores, o tensiones resultantes de la circunscripción ambiental¹⁴— se basan en premisas poco aplicables a los testimonios disponibles. En cambio, resulta verosímil que esos conflictos hayan estado ligados a ciertas disputas entre las diversas sociedades de jefatura del valle del Nilo por el acceso a las corrientes de intercambio que las conectaban con regiones lejanas (Nubia, Siria-Palestina, Mesopotamia) y quizás también a los cercanos yacimientos minerales de los desiertos¹⁵. El acceso a unas y otros era vital para la obtención o la elaboración de diversos bienes de prestigio que los jefes y las élites debían ostentar para expresar materialmente la diferencia que los distingue del resto de los integrantes de tales sociedades. Y la escasez de tales bienes —que es lo que, de hecho, determina su condición prestigiosa— podría haber constituido un motivo de tensión entre las comunidades que intentaban su consecución¹⁶.

14 Respecto de las guerras entre nómades pastorales y sedentarios agricultores como razón de las conquistas, cf. Helck (1959, 9; 1987, 81-89); Monnet-Saleh (1986, 237; 1990, 268). Respecto de las guerras por motivos de circunscripción en el valle del Nilo, cf. Bard (1987, 92-93); Bard y Carneiro (1989, 15-23). Estas hipótesis han sido discutidas en Campagno (2002, 166-68; 2004, 691-94).

15 Acerca de los contactos del valle del Nilo con Nubia, Siria-Palestina y Mesopotamia, cf., entre otros, Redford (1992); van den Brink (1992); O'Connor (1993); Andelkovic (1995); Shinnie (1996); Mark (1997); Wolff (2001); van den Brink y Levy (2002); van den Brink y Yannai (2002). En cuanto a la posibilidad de que los objetivos de las disputas también hubieran incluido los cercanos yacimientos auríferos del desierto oriental, cf. Trigger (1985 [1983], 61; 1987, 60); Bard (1987, 90). Respecto del control de los intercambios como motivo de las guerras, cf. Hoffman (1979, 343); Trigger (1985 [1983], 61); Hassan (1988, 172-73); Majer (1992, 231-32); Campagno (2002, 168-69; 2004, 694-95).

16 Cf. Trigger (1987, 60); Hoffman (1989, 50-51); Bard (1992, 16-21; 1994, 114); Campagno (2004, 695-97). Acerca del consumo ostentoso de bienes como modo de proclamar la posición prestigiosa del jefe y su élite, cf. Sahlins (1978, 255).

Por cierto, tales conflictos no tenían por qué desembocar inevitablemente en la conquista de unas comunidades por otras. Permanecía abierta, al menos, la posibilidad de que los enfrentamientos se resolvieran con el saqueo de los bienes de prestigio de los vencidos, con el consecuente mantenimiento del orden sociopolítico vigente. Y de hecho, nada impide pensar que tal tipo de conflictos haya tenido lugar en el valle del Nilo, durante Nagada II o en tiempos anteriores. Ahora bien, una guerra de saqueo implicaría una solución transitoria, incluso para el vencedor: una comunidad vencida en ese tipo de conflictos pero mejor situada en relación con las rutas de intercambio o los yacimientos minerales podría estar en condiciones de recuperar para sí la corriente de bienes exóticos, en desmedro de las posibilidades de adquisición de bienes de los eventuales vencedores. A diferencia de ello, una guerra de conquista, que apuntara al control permanente de los vencidos, implicaría la eliminación de la competencia y la posibilidad de una provisión ampliada de los productos exóticos. En este sentido, el hecho de que la conquista no fuera una *necesidad* no quita que sí fuera una *posibilidad*. Sólo bastaría con que, luego de algún combate, los vencedores hubieran decidido permanecer —siquiera temporariamente— en los dominios de los vencidos. En tal circunstancia, habrían tenido la ocasión de apreciar los efectos de suprimir la competencia de las comunidades vecinas por la vía militar. Y esa supresión implicaría el establecimiento de un vínculo estable entre no-parientes sobre la base del monopolio de la coerción detentado por los vencedores.

— V —

Veamos ahora el segundo escenario sugerido para pensar la cuestión de lo intersticial: el que proporcionan los contextos urbanos iniciales, con especial énfasis en el núcleo poblacional que se constituye en Hieracópolis durante la fase Nagada II. En este sentido, es interesante notar que, si bien en proporciones muy variables, los procesos en los que emergen los Estados primarios (Egipto, Mesopotamia, China, Monte Albán, Teotihuacan, Tiwanaku, etc.) suelen venir acompañados de la aparición de núcleos urbanos que no parecen resultar únicamente del crecimiento vegetativo de la población aldeana preexistente sino de cierta concentración poblacional a partir de probables procesos migratorios. Tal heterogeneidad de procedencia trae aparejada la posibilidad de que esos ámbitos urbanos en formación hayan operado como espacios de

convergencia de tramas parentales antes desvinculadas entre sí. En efecto, los migrantes recién llegados serían –al menos, en principio– *no-parientes* respecto de cualquier trama parental que preexistiera en el área de acogida¹⁷. ¿Qué tipo de prácticas podrían entablarse entre esos grupos parentales preexistentes y los recién llegados? No es posible responder tal cuestión de un modo taxativo. Si se tratara de forasteros que se hubieran integrado a una trama parental preexistente de modo individual, se podría pensar en formas de incorporación afines a las prácticas de *patronazgo*¹⁸, esto es, un tipo de integración al grupo preexistente, pero no por la vía de una asimilación completa de tal individuo al grupo, como si se tratara de un pariente más, sino desde una posición dependiente¹⁹. Si, en cambio, se tratara de la integración de grupos mayores, es aún más difícil de formular una respuesta. Quizás esas relaciones también podrían haber convocado un elemento de patronazgo, si el líder de una de las tramas admitiera su condición de cliente de otro líder, de modo que la práctica de patronazgo entre líderes de tramas parentales implicara cierta subordinación de una trama de parentesco a la otra. Pero quizás los vínculos entre tales tramas hubieran podido alcanzar ribetes más asociados al conflicto, de modo de constituir un escenario más proclive

- 17 Por cierto, las comunidades organizadas a partir del parentesco suelen disponer de procedimientos de homologación de los forasteros por la vía de diversos modos de adopción (cf., por ejemplo, los modos de adopción de forasteros entre los *nuer*, señalados por Evans-Pritchard 1977 [1940], 236-47; para otras formas de parentesco espiritual y adopción, cf. Ghasarian 1996, 188-89, 217-23). Sin embargo, tales procedimientos no tienen por qué operar de manera automática y probablemente fueran de más difícil implementación si se trata de la llegada de grupos numerosos –por ejemplo, de familias extensas–, máxime si tales procesos migratorios estuvieran produciéndose simultáneamente y desde diversas direcciones, de modo tal que ya no se tratara de una comunidad parental que integrara un nuevo individuo (o un pequeño grupo) a su seno, sino de la llegada de múltiples grupos, quizás numéricamente superiores respecto de la comunidad autóctona.
- 18 En términos de Lemche (1995, 111), el patronazgo implica “una organización vertical, de acuerdo con la cual a la cabeza encontramos al patrón, un miembro de un linaje dominante, y debajo de él sus clientes, normalmente hombres y sus familias. El lazo entre el patrón y el cliente es personal, el cliente habiendo jurado lealtad al patrón y el patrón habiendo jurado protegerlo”. Al respecto, cf. también Gellner y Waterbury (1977); Eisenstadt y Roniger (1984).
- 19 Aunque su observación ha pasado generalmente inadvertida, Morton Fried (1979 [1960], 145-46) había notado que en las relaciones entre grupos ya asentados y forasteros podía haber una clave para el surgimiento de la estratificación social y del Estado. En un sentido similar, cf. Maisels (1987, 334; 1999, 156-57); G. Webster (1990, 345-46). Cf. también Kopytoff (1999, 89), quien refiere a la “primacía de quienes llegaron primero”, de acuerdo con la cual “los ocupantes más antiguos establecen una relación ritual con la tierra que los pobladores más tardíos deben respetar”.

a ser interpretado en términos de disputas *faccionales*²⁰. El eventual predominio de una facción sobre otra podría haber desembocado en otro tipo de lazos sociales. Si ese predominio se hubiera instituido de modo permanente, tal vez estarían dadas las condiciones para la emergencia de una práctica estatal en el corazón mismo del mundo urbano.

Ahora bien, ¿en qué sentido Hieracómpolis reúne las características de tal escenario intersticial?²¹ Si bien la presencia de cierta población en el área se remonta a períodos previos, es durante Nagada I que el sitio de Hieracómpolis parece registrar un sensible aumento en el número de habitantes. En efecto, se advierte a partir de entonces la utilización de dos grandes zonas –una en los márgenes del área actualmente cultivada (que se extiende también bajo ella), y la otra a unos 2 km. al oeste, en torno del wadi Abu Suffian– así como otros núcleos periféricos al norte y al sur²². En ese marco, toda una serie de indicios apunta a una notoria especialización laboral y a cierta diferenciación social, al menos, desde comienzos de Nagada II. Por un lado, se destaca la presencia de un conjunto de instalaciones para finalidades específicas, entre las que se cuenta un gran complejo de casi 40 m de largo (HK29A), que muy probablemente haya constituido un centro ceremonial, espacios destinados a la producción de cerveza (HK11C, HK24A, HK24B) y de cerámica (HK11C, HK29, HK59), así como evidencias de producción lítica (HK29A), que pueden indicar una considerable especialización del trabajo²³. Por otro lado, el cementerio HK6 concentra una serie de enterramientos de gran tamaño y con bienes funerarios de considerable

- 20 En relación con la competencia faccional, cf. Bujra (1973, 132-52); Brumfiel (1989, 128-32; 1994, 3-13); Fox (1994, 199-206). Cf. también las estrategias de “agregación persuasiva”, estudiadas por Beck (2003, 643-45) en el marco de ciertos procesos de competencia local relacionados con la emergencia y consolidación de jerarquías sociales.
- 21 Por cierto, otros núcleos del Alto Egipto podrían haber involucrado similares tendencias, pero la evidencia disponible es muy escasa. Nada se sabe acerca de Tinis, el núcleo urbano de la necrópolis de Abidos, y muy poco acerca de Nagada, aunque la existencia de una muralla, de ciertos restos residenciales (la “*South Town*” de Petrie) y de algunas evidencias de improntas de sellos, sumadas a los testimonios de diferenciación social provenientes del Cementerio T, permitirían pensar en alguna forma de temprano urbanismo. Al respecto, cf. Campagno (2002, 175-77, con bibliografía).
- 22 Al respecto, cf. Hoffman *et al.* (1986). Cf. Fig. 4.
- 23 Acerca del complejo ceremonial, cf. Adams (1995, 36-41); Friedman (1996, 16-35; 2003, 4-5). Sobre las instalaciones productivas, cf. Hoffman (1982, 126); Geller (1989, 41-52; 1992, 19-26; 2007, 25); Adams (1995, 45-46); Friedman (2004, 18-19; 2005b, 64-65); Takamiya (2004a, 1028-32; 2004b, 19-20; 2005, 18-19). La división del trabajo se destaca no sólo por la especialización de los procesos sino también por los volúmenes producidos: en el sitio HK24A, se calcula que la producción de cerveza podía alcanzar casi 400 litros diarios, equivalentes a suministros para 200 a 400 personas (cf. Geller, 1992, 21; Friedman, 2005b, 65). Cf. Figs. 5.1 y 5.2.

importancia: se destaca especialmente la Tumba 23 (Nagada IIA-B), la cual, dotada de una cámara funeraria de 5,5 m. de largo, 3,1 m. de ancho y 1,2 m. de profundidad, y rodeada por una superestructura de madera y una capilla de ofrendas en una superficie de 16 m de largo y 9 m. de ancho, representa el enterramiento de mayores dimensiones de todo el valle del Nilo para su época, muy probablemente asociable a alguna forma de liderazgo local²⁴. En cuanto al conjunto poblacional, si bien los cálculos demográficos para el período Predinástico son siempre frágiles, se ha estimado que podrían haber vivido allí entre 5000 y 10.000 habitantes en la fase Nagada I y comienzos de Nagada II²⁵, lo que parece sugerir una concentración que no se deduce únicamente del crecimiento demográfico de la antigua población badariense sino también del arribo de nuevos grupos²⁶.

Promediando la fase Nagada II, la tendencia demográfica parece haber involucrado una concentración poblacional aún mayor en torno del área cultivada. En efecto, el área ocupada en el desierto se restringe a unos 300 m. más allá de la zona cultivada, en particular en torno del sitio HK34B, que pudo haber constituido un complejo administrativo/ceremonial. El uso continuado del cercano recinto ceremonial HK29A y la presencia de otras edificaciones de gran porte recientemente halladas en los sitios HK29B y HK25 refuerzan la idea de una concentración de las principales dinámicas sociales en torno de tal área a partir de la segunda mitad de la fase Nagada II²⁷. Ahora bien, ¿qué es lo que produce este salto (*sbiff*) en los patrones de asentamiento de la población de Hieracómpolis? En los años '80, Michael Hoffman había propuesto

24 Respecto de los enterramientos del Cementerio HK6, y en particular de la Tumba 23, cf. Figueiredo (2004, 1-23); Friedman (2005a, 4-6; 2008, 11-20). Cf. Fig. 5.3.

25 Los cálculos de Hoffman (1982, 143-44), basados en las dimensiones y tipos de áreas ocupadas en el asentamiento, arrojaban cifras entre 2544 y 10.922 habitantes para la primera mitad del IV milenio a.C. Los excavadores posteriores de Hieracómpolis siguen sosteniendo la validez de estos cálculos (cf. Adams, 1995, 31; Friedman, en Yoffee, 2005, 43, y *com. pers.* 2005). Otros cálculos, básicamente centrados en la cantidad de tumbas, arrojaban cifras bastante menores, en torno de los 1500-2000 habitantes (cf. Harlan 1985, 233; Hassan 1988, 161).

26 Hoffman *et al.* (1986, 178) han sugerido la posibilidad de colonización de la región por parte de grupos procedentes del norte, que habrían valorado el área por la concentración de diversos hábitats, la abundancia de buen suelo y materias primas, lluvias veraniegas regulares, la existencia de un canal cercano al borde del desierto (actualmente desaparecido) y la eficiencia hidráulica del wadi Abu Suffian.

27 Acerca de la interpretación del sitio HK34B como "un probable complejo administrativo/ceremonial en el centro de un grupo de aldeas (*villages and hamlets*)", cf. Hoffman (1982, 130); Adams (1995, 36-37). Acerca de los recientes hallazgos en los sitios HK29B y HK25, cf. Hikade (2006, 4-5; 2007, 4-5).

diversas razones. Por una parte, señalaba la tendencia climática hacia una mayor aridez, que habría incidido en la reducción de los recursos disponibles en las áreas al este y oeste del Nilo, agravada por el deterioro del frágil ecosistema del desierto como resultado de la tala de árboles para su uso como combustible y la sobreexplotación de las pasturas para el ganado: todo ello habría generado un repliegue de la población de esas áreas hacia el valle. En el marco de tales variaciones climáticas, el autor sugería también que podría haberse registrado un creciente énfasis en las actividades económicas ligadas al río (tanto en referencia a la agricultura y otras actividades manufactureras como al intercambio de bienes utilizando la vía fluvial). Por otra parte, Hoffman agregaba que los conflictos regionales entre las diversas comunidades del Alto Egipto podrían haber impulsado la concentración de la población en núcleos de tipo urbano por razones de protección. Por último, también subrayaba la posibilidad de que algún centro ceremonial —como el que posteriormente se descubriría en el sitio HK29A— hubiera actuado como un agente de atracción de población hacia el núcleo hieracompolitano. De modo complementario, David Wengrow ha sugerido recientemente que el proceso de concentración guarda relación con las variaciones en los rituales funerarios, refiriéndose al proceso en términos de "urbanización de los muertos"²⁸.

Comoquiera que haya sido, de acuerdo con lo que se sugería previamente en términos teóricos, la convergencia de grupos de distinta procedencia podría desembocar en ciertas formas de subordinación o quizás en tensiones de tipo faccional. La aparición de prácticas funerarias como las de la Tumba 23 del Cementerio HK6, así como los diversos testimonios acerca de división del trabajo especializado parecen apuntar en tal dirección: ya sea como efecto de la precedencia o de la disputa, el predominio de un grupo sobre otros podría haber disparado un proceso de diferenciación social, que indujera un tipo de demandas de bienes —tanto para los vivos como para los muertos— que, a su vez, impulsara los procesos de especialización laboral. En efecto, los líderes podrían haber estimulado la elaboración de diversos productos en mayor escala para su propio consumo y el de los requerimientos funerarios, tanto como para redistribuir entre los miembros de su grupo como modo de afianzar y expandir lealtades. En tales condiciones, la posterior tendencia a la concentración de la población en los bordes del área cultivada podría obedecer a las razones enunciadas por Hoffman pero también

28 Cf. Hoffman (1982, 132); Wengrow (2006, 82-83).

podría guardar relación con la emergencia de nuevas formas de liderazgo asociadas a los procesos en curso.

Lo decisivo aquí es la posibilidad de interpretar el contexto urbano de Hieracópolis no como una entidad socialmente homogénea sino como un ámbito de composición heterogénea, a partir de la convergencia de grupos (de tramas parentales) de procedencia diversa. De lo que se trata es de considerar que este tipo de núcleos urbanos iniciales no constituye la mera expansión cuantitativa de unas comunidades aldeanas —organizadas cada una como una única trama social— sino el punto de confluencia de diversos grupos y, por ende, de la configuración de un conglomerado de tramas que sólo en un momento posterior accedería a una forma de unificación por la vía estatal. Así, como si de un *microcosmos* se tratara, esos núcleos urbanos podrían contener sus propios espacios intersticiales, quizás tan propicios para la emergencia de lo estatal como aquellos que se extendían más allá de los ámbitos aldeanos.

— VI —

Corresponde abordar ahora el tercer tipo de escenario que ha sido propuesto para pensar los contextos intersticiales que podrían favorecer la emergencia de lo estatal. Es el que remite a ciertas sociedades —especialmente documentadas en el ámbito africano— que definen un tipo de liderazgo al que los especialistas suelen calificar como *realeza sagrada*. En tales sociedades, los líderes son percibidos como personajes cósmicamente centrales, íntimamente conectados con la naturaleza, de modo tal que las relaciones entre esta última y la sociedad sólo pueden ser armónicas en función del curso de vida que lleven tales líderes²⁹. Es por ello que no es infrecuente que tales sociedades practiquen rituales de rejuvenecimiento sobre la persona del líder, o el ritual del regicidio, que tienen como meta la de evitar que el declive de la potencia física del jefe se traduzca en la pérdida de bienaventuranza para la sociedad. Por cierto, se trata de un tipo de sociedades entre las que se cuentan algunas que se configuran de modos no-estatales (en las que el líder sagrado es un “jefe”) y otras que se organizan a la manera estatal (en las que es el

29 Cf., entre otros, Frazer (1944 [1922]); Seligman (1934); Frankfort (1976 [1948]); Van Bulck (1959); Young (1966); Muller (1975; 1990); Adler (1978); Heusch (1981; 1990); Feeley-Harnik (1985); Iniasta (1992); Cervelló (1996).

monarca el que detenta la condición sagrada o divina)³⁰. Pero lo que importa destacar es que, allí donde suceden en contextos no-estatales, estos liderazgos podrían ser interpretados en la clave intersticial que aquí se propone para pensar las condiciones en las que es posible el advenimiento de lo estatal.

¿En qué sentido puede ser “intersticial” esta forma de liderazgo? Señala Luc de Heusch (2007 [1987], 110-11):

“La realeza sagrada es una estructura simbólica en ruptura con el orden doméstico, familiar o por linajes. Designa un ser fuera de lo común, fuera de lugar, potencialmente peligroso, del que el grupo obtiene para sí el poder sobre la naturaleza, al tiempo que le impone una muerte casi sacrificial”³¹.

En efecto, allí donde emerge este tipo de realezas, los líderes son percibidos en exterioridad respecto del orden parental que organiza la sociedad y, por ello, concebidos como seres desocializados respecto del conjunto social. Es precisamente debido a ese carácter extraparental del liderazgo que, en algunas de estas sociedades, el jefe puede ser sacrificado ritualmente: toda vez que el jefe no es estrictamente un pariente, no se encuentra sometido a las regulaciones que el parentesco dispone en el contexto social y, por ende, se halla expuesto a un tipo de prácticas que no podrían ser ejercidas sobre un miembro pleno (vale decir, un pariente) de la comunidad³². Por cierto, este carácter extraparental de las realezas sagradas no determina *per se* que deba producirse un proceso que conduzca forzosamente al Estado. Pero sí puede definir una condición de posibilidad: así como el líder sagrado, por no ser pariente, puede hallarse expuesto al regicidio, también, por la misma razón, puede verse implicado en otras prácticas que, en principio, no serían del todo compatibles con el orden parental.

30 Sobre la variabilidad de las formas políticas asociadas a las realezas sagradas, cf. Cervelló (1996, 174-78); Heusch (2007 [1987], 95-120).

31 Cf. también p. 113 y p. 118: “La realeza sagrada no puede ser confundida con el Estado. Ella le precede, lo hace posible con la ayuda de circunstancias históricas diversas. Lejos de brotar del orden del parentesco, introduce allí una ruptura radical”. Ese mismo tipo de ruptura es subrayado por Sahlins (1981, 112) en relación con la concepción polinesia del liderazgo: “El poder se revela y se define a sí mismo como la ruptura del propio orden moral de la población, precisamente como el mayor de los crímenes contra el parentesco”.

32 Respecto de la sorprendente cuestión del sacrificio del rey, Girard (1995 [1983], 20) se pregunta: “¿Acaso no es el centro de la comunidad? Sin duda, pero en su caso es precisamente esta condición central y fundamental la que le aísla de los restantes hombres, le convierte en un auténtico fuera-de-casta”.

¿Qué tipo de prácticas? Existen situaciones etnográficas que indican que los recintos de este tipo de jefes pueden operar como una suerte de "santuarios" en los que pueden hallar refugio quienes han cometido algún crimen y buscan evadirse de la venganza propia de los dispositivos de justicia comunales. Pero ese refugio convierte al prófugo en "otro": "de hombre del clan, el fugitivo deviene hombre del rey y, como tal, es utilizable a los fines de la realeza"³³. De modo similar, los líderes pueden ser los únicos habilitados para disponer de cautivos de guerra. Y también es posible que en torno de ellos se produzca cierta incorporación de forasteros, como se señalaba a propósito de los contextos de concentración poblacional³⁴. Lo importante en este punto es que los lazos que podrían ligar a los jefes con estos individuos (fugitivos, cautivos, forasteros) podrían entablarse al margen del parentesco dominante a escala social, puesto que ni uno ni otros formarían parte de la trama parental propiamente dicha. El tipo específico de relación que podría emerger de este tipo de vínculos no es fácil de definir *a priori*, aunque, dada la condición individual de cada lazo, se podría pensar en lazos de subordinación asociables a las prácticas de patronazgo. Pero más allá del tipo específico de relaciones de subordinación establecidas entre el líder y estos individuos, lo decisivo es que tales relaciones se entablarían en la sociedad pero *al margen* de la lógica que la regula. En ese marco, y tomando en cuenta la doble condición extraparental de estos vínculos —tanto del jefe como de sus seguidores—, quizás es posible pensar en la emergencia de prácticas más coercitivas, que los seguidores del jefe podrían ejecutar respecto de los integrantes de las tramas propiamente parentales. En tal sentido, el carácter intersticial de las relaciones entre este tipo de jefes sagrados, sus entornos y el resto de los miembros de la sociedad podría también propiciar el surgimiento de prácticas no regidas por la lógica parental y capaces de imponer una nueva lógica en el escenario social.

¿Pudo haber habido en el valle del Nilo predinástico realezas sagradas como las descritas para diversos contextos africanos? Muchos especialistas han destacado la notable serie de paralelismos que, desde el punto de vista simbólico, se registran entre la realeza egipcia de tiem-

33 Adler (2007 [1987], 171).

34 Es significativo que, en el mito de origen de la realeza sagrada entre los moundang del Chad, "el poder real, de esencia superior, reunió en derredor suyo gentes llegadas de todas las direcciones, atraídas por la luminosidad de una fuerza capaz de garantizar la seguridad y la prosperidad de los que a ella se subordinaban" (Adler 2007 [1987], 176). Respecto de la frecuente integración de forasteros en los entornos de los líderes, cf. G. Webster (1990, 338-41). Cf. también Sahlins (1981, 129).

pos estatales y esas formas de liderazgo africano³⁵. En cierto modo, la monarquía divina egipcia es el paroxismo de esas realezas sagradas: en ella, el rey es directamente identificado como un dios. Tal identificación debió producirse en el valle del Nilo en tiempos tempranos: los *serejs*, símbolos emblemáticos del rey en su condición de Horus, se registran desde comienzos de la fase Nagada III (c. 3300 a.C.), de modo que, al menos desde las primerísimas épocas estatales, esa identidad ya había sido trazada³⁶. Si la búsqueda se remonta en el tiempo hacia las fases pre-estatales, la cuestión se torna más oscura, debido a la parquedad de los testimonios disponibles. Y si bien es lícito pensar que la divinización del liderazgo pueda haber sido un efecto de la emergencia de un orden específicamente estatal, esto no quita que el contexto simbólico para tal asociación haya sido, precisamente, el de una realeza sagrada preexistente³⁷. En la decoración mural de la ya aludida Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada IIC), se representa un personaje que aparece en diversos actos, a punto de descargar una maza sobre unos prisioneros y efectuando una carrera provisto de diferentes cetros³⁸. Estos motivos corresponden a rituales que son conocidos a lo largo de la historia egipcia, y que tienen un sentido plenamente compatible con el de las realezas sagradas, en tanto su realización implica la salvaguarda del cosmos frente a las fuerzas del caos que lo acechan. De hecho, la procesión de barcas que domina la escena mural de la Tumba 100 y que se registra en otros documentos relativamente contemporáneos, ha sido interpretada como una forma temprana de la celebración del festival de Sed, un ritual de renovación del poder real, en el marco del cual el rey moría y renacía simbólicamente, con sus fuerzas repotenciadas³⁹.

35 Al respecto, cf. Cervelló (1996, con bibliografía).

36 Acerca de la identificación de los primeros *serejs*, cf. Wignall (1998, 102-3); Jiménez Serrano (2001, 71-81); Hendrickx (2001, 85-110; 2008, 71-72); van den Brink (2001a, 99-111). Para su significado, cf. Baines (1995, 121-24); Cervelló (1996, 200-1); O'Brien (1996, 135-36). Cf. Fig. 6.

37 La cuestión ha sido planteada en Campagno (1998, 72-75).

38 Respecto de la Tumba 100, cf. Quibell y Green (1902, 20-23, láms. 75-79); Case y Payne (1962, 5-18); Midant-Reynes (1992, 194-97; 2003, 331-36). En otra escena registrada en el mismo mural, el personaje aparece interponiéndose entre dos grandes animales que se abalanzan sobre él de modo simétrico. Se trata de otra escena de connotaciones monárquicas, conocida por otros documentos de la época, y conocida a su vez en el arte mesopotámico contemporáneo. En el ámbito egipcio, la escena pierde presencia con posterioridad, y si bien sigue siendo representada, no parece referirse de manera directa a realizaciones del monarca. Al respecto, cf. Campagno (2001, 419-30). Cf. Fig. 7.

39 Al respecto, cf. Williams y Logan (1987, 265); Cervelló (2009, 61-65). La procesión de barcas se aprecia en el tejido de Guebelein, el incensario de Qustul y el mango de cuchillo del Metropolitan Museum de New York. Tal vez puede suponerse la misma idea

Si se retrocede aún más en el tiempo, la decoración de algunas cerámicas de las fases Nagada I y II presentan ciertos personajes —ya referidos a propósito de los testimonios de liderazgo—, algunos de los cuales también parecen hallarse ejecutando rituales. En particular, uno de ellos, representado en un cuenco procedente de la tumba U-239 de Abidos (Nagada IC), combina —de un modo no canónico— varios elementos relacionables con la masacre ritual del enemigo: un personaje de mayor tamaño, ataviado con una cola postiza y con un tocado cefálico, que blande una maza con una mano y con la otra, aparentemente, sostiene por el cuello a otros personajes de tamaño menor⁴⁰. Es cierto que este tipo de evidencias iconográficas resulta insuficiente para afirmar taxativamente que las figuras predinásticas de liderazgo deban identificarse como realezas sagradas. Sin embargo, no resulta inverosímil que los rituales centrales de la monarquía egipcia tengan antecedentes en tiempos anteriores a la aparición del Estado. Y esos rituales son francamente compatibles con la concepción del liderazgo en clave sagrada. Por lo demás, el monarca egipcio de tiempos estatales, aunque en determinados contextos puede aparecer relacionado con parientes humanos, es representado en el ámbito religioso como un ser especialmente ligado a parientes divinos, en un tipo de lazos que parece enfatizar su desvinculación respecto de la esfera social. Por ejemplo, se dice del rey en los *Textos de las Pirámides*: *jwt(y) jt.k m rmt, jwt(y) mwt.k m rmt*, “tú no tienes padre humano, tú no tienes madre humana” (TP 438)⁴¹. Sin duda, esa “desocialización” del rey es otro de los rasgos que acerca la monarquía egipcia al contexto de las realezas sagradas⁴².

Ciertamente, la índole de la evidencia disponible no permite ir más allá en la caracterización de los posibles vínculos extraparentales que esos líderes podrían haber trazado con otros integrantes de la sociedad. Pero, si se acepta la hipótesis de una realeza sagrada de tipo africano

en la frecuente representación de barcas en la cerámica decorada de la fase Nagada II y en los grabados rupestres del desierto oriental.

40 Cf. Dreyer *et al.* (1998, 84, 111-15). Cf. Fig. 8.1. Para otras representaciones de liderazgo con similares atributos, cf. Figs. 8.2-4.

41 Cf. Sethe (1908, 446); Faulkner (1969, 145); Allen (2005, 106). De modo similar en TP 703: *n jt.k m rmt n mwt.k m rmt* (cf. Sethe, 1910, 535; Faulkner, 1969, 307; Allen, 2005, 303).

42 La dimensión desocializada del liderazgo, en el contexto de las realezas sagradas, se refuerza por una serie de prohibiciones y limitaciones a las que los líderes se encuentran sometidos, así como de transgresiones que deben cometer, lo que los distingue y separa de los demás integrantes de la sociedad. En cuanto a la monarquía egipcia, ese tipo de regulaciones ha sido referido especialmente por Diodoro de Sicilia. Cf. Cervelló (1996, 161-66, 196-97).

como precedente de la monarquía estatal en el valle del Nilo, es posible localizar otro contexto, otro escenario en el que podrían surgir prácticas no reguladas por la lógica del parentesco. Y es posible notar algo más: un escenario tal no es incompatible con el despliegue *simultáneo* de los otros dos escenarios que han sido aquí considerados. Convendrá considerar ahora esta última cuestión.

— VII —

Por lo visto hasta aquí, los procesos asociados a las guerras de conquista, a la concentración poblacional y a la existencia de liderazgos sagrados podrían haber coexistido en el Alto Egipto en torno de la fase Nagada II del período Predinástico. Ahora bien, más allá de la coexistencia, ¿podrían estos tres escenarios intersticiales haber propiciado la emergencia de prácticas de tipo estatal de forma simultánea? ¿De qué modo podrían haberse retroalimentado las dinámicas surgidas de cada uno de ellos? Si los propios escenarios resultan hipotéticos, las posibles relaciones entre ellos no pueden trascender el plano de la conjetura. Sin embargo, en este punto, no se trata de demostrar una afirmación por la vía de la evidencia sino de extremar las consecuencias de las hipótesis que han sido planteadas. Pensemos, pues, algunas posibilidades. Por un lado, la constitución de lazos estatales o patronales dentro de un núcleo urbano como Hieracópolis podría haber fortalecido la capacidad de ese núcleo para someter al modo estatal —a través de guerras de conquista— a las aldeas periféricas. En efecto, una élite capaz de movilizar un grupo numeroso de seguidores a través de formas de subordinación no-parentales, en un núcleo poblacional de varios miles de habitantes, estaría en mejores condiciones para realizar guerras con objetivos de conquista que las que podrían tener las comunidades aldeanas organizadas en función de la lógica del parentesco.

Ahora bien, paralelamente, la obtención de tributación de las aldeas vencidas reforzaría la capacidad de gestión y el poderío de esa élite para ejercer el control en el ámbito urbano. Al respecto, vale la pena considerar las reflexiones teóricas de David Webster. De acuerdo con el autor, una expansión agresiva de algunas jefaturas podría permitir la incorporación de nuevas tierras, las cuales

“representarían un recurso externo para el sistema tradicional, en el sentido de que no habría individuos o grupos de parentesco locales que pudieran reclamarlas. Constituiría, entonces, un recurso *externo* que

podría ser efectivamente monopolizado por los grupos directivos de alto rango cuyo éxito en el liderazgo militar habría sido ampliamente responsable de su adquisición en primer lugar”.

Siguiendo el argumento de Webster, esta situación “podría exagerar cualquier estratificación económica incipiente que ya estuviera presente debido a variaciones locales en los recursos productivos”. En tales condiciones,

“los individuos o grupos de parentesco desaventajados podrían haber buscado entablar relaciones de patronazgo con aquellos que controlaban mayores recursos. Más aún, los pequeños grupos temporalmente subordinados podrían haberse tornado «clientes» cautivos”⁴³.

Así, es posible pensar en una influencia recíproca entre los conflictos bélicos con objetivos de conquista y la diferenciación social dentro del ámbito urbano, que tendiera a consolidar la existencia de esas nuevas prácticas ajenas a la lógica del parentesco.

Y por otro lado, si el liderazgo en Hieracópolis o en otros núcleos se hubiera visto asociado desde el comienzo a una condición sagrada y desocializada, habría habido disponible un modo para procesar simbólicamente las prácticas de subordinación que los jefes podrían haber entablado con las poblaciones conquistadas o con las clientelas instaladas en el ámbito urbano. En efecto, tanto los vencidos de los conflictos, que habrían debido someterse como resultado de la guerra, como los clientes de las élites de la comunidad vencedora, podrían haberse representado su condición subordinada —incompatible con el orden parental— como efecto de su relación con un poder éxtraparental. Pero además, los propios miembros plenos de la comunidad vencedora podrían haber comenzado a simbolizar las nuevas prácticas de dominación en clave de atribuciones propias de un ser sagrado y al margen de las relaciones de parentesco. Y al mismo tiempo, esas nuevas prácticas ejercidas por los jefes podrían haber redefinido su carácter sagrado, al punto de producir una identificación más directa entre los líderes y los dioses: el ejercicio del monopolio de la coerción por parte de unos personajes ya sagrados podría haber impulsado cierta asociación de la lógica estatal emergente a la esfera de las divinidades. Si bien se trata de meras posibilidades, que no pueden ser determinadas de manera fehaciente, permiten ilustrar el hecho de que los diferentes escenarios intersticiales podrían haberse efectivamente potenciado entre sí, en tanto todos ellos constituyen ámbitos

43 D. Webster (1975, 468).

propicios para la emergencia y consolidación de prácticas que no habrían sido posibles allí donde imperara la lógica del parentesco.

En todo caso, lo que importa destacar aquí es que las prácticas no-parentales no emergen en el seno de las tramas de parentesco sino en sus intersticios. En función de la evidencia disponible para el valle del Nilo, estos intersticios pueden haberse dado en diversos escenarios, entre comunidades asentadas en lugares distantes, entre subgrupos dentro de un medio urbano, o incluso dentro de ciertas comunidades, en la distancia que separa a los líderes sagrados del resto de sus miembros. La existencia de tales escenarios no implica que, por su mera presencia, lo estatal forzosamente habría de advenir. Antes bien, la lógica del parentesco podría haber continuado siendo, indefinidamente, la única capaz de producir lazos sociales de índole permanente. Pero esos intersticios indican los límites de aquella lógica y la presencia de espacios indeterminados, susceptibles de favorecer aquello que, en el interior de las tramas parentales, no podría haber tenido lugar. En efecto, si el monopolio de la coerción no es compatible con la lógica del parentesco, para que aquél sea la base de una nueva organización social se requiere de condiciones que no pueden hallarse presentes allí donde el parentesco domina. Es en este sentido, precisamente, que estos espacios intersticiales constituyen condiciones de posibilidad para el advenimiento de lo estatal. Ciertamente, no hay modo de ponderar la gravitación específica de cada uno de estos intersticios en el proceso en el que emerge el Estado egipcio. Alguno podría haber tenido primacía, algún otro podría no haber tenido un papel de gran relevancia. Pero es interesante notar que los tres contextos sugeridos no tienen por qué ser contradictorios entre sí y que, por lo contrario, podrían haberse potenciado mutuamente. En efecto, los contextos proporcionados por las guerras de conquista, por la concentración de población en núcleos urbanos y por cierta condición sagrada de los líderes podrían hallarse —cada uno y en conjunto— en los umbrales desde los que habría de configurarse en el valle del Nilo una nueva forma de organización social, basada en una lógica distinta a la del parentesco y dotada de una fuerza cuyos efectos habrían de ser percibidos a través de un tiempo que se mide en milenios.

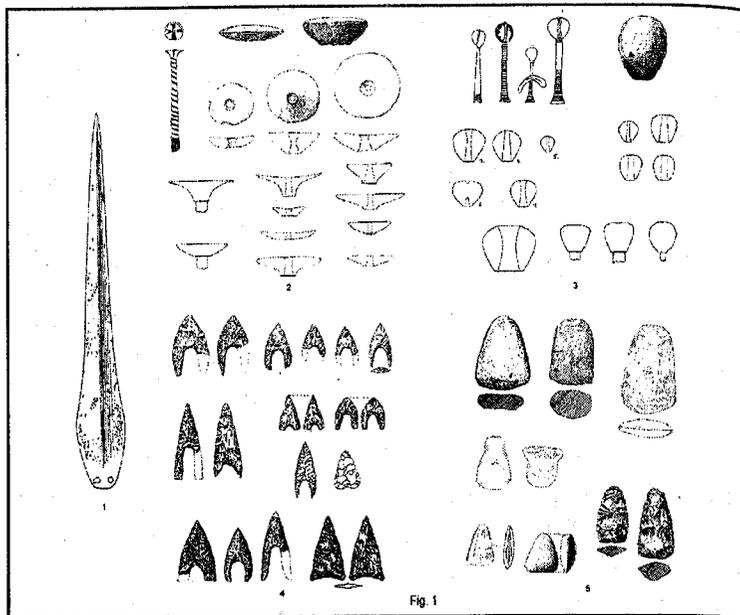


Fig. 1: Probables armas.
1.1: punta de daga; 1.2: mazas discoidales; 1.3: mazas periformes; 1.4: puntas de flecha;
1.5: hachas. (De: Petrie y Quibell 1896, Pl. 65; Gilbert 2004, 37, 38, 50, 64).

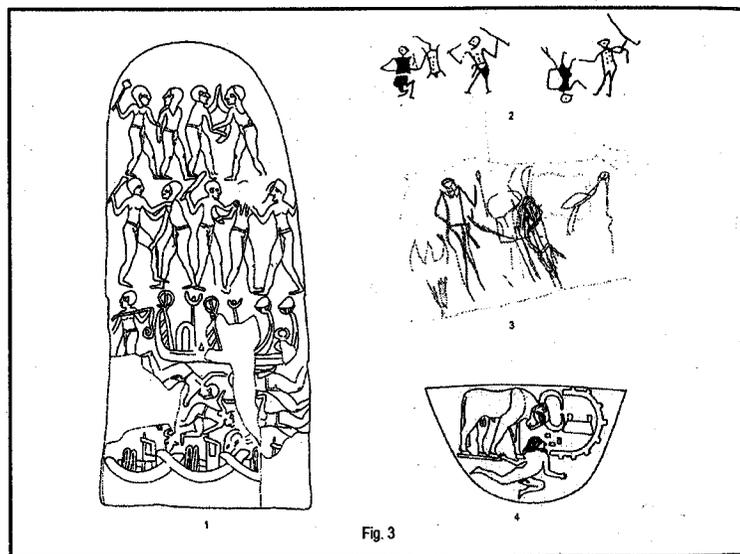


Fig. 3: Representaciones de enfrentamientos.
3.1: mango de cuchillo de Dyebel el-Arak; 3.2: decoración de la Tumba 100 de Hieracómpolis (detalle); 3.3: grabado rupestre de Dyebel Chauti; 3.4: paleta de Nármer (detalle). (De: Cervelló 1996, 325, 326, 327; Darnell 2002, 11).

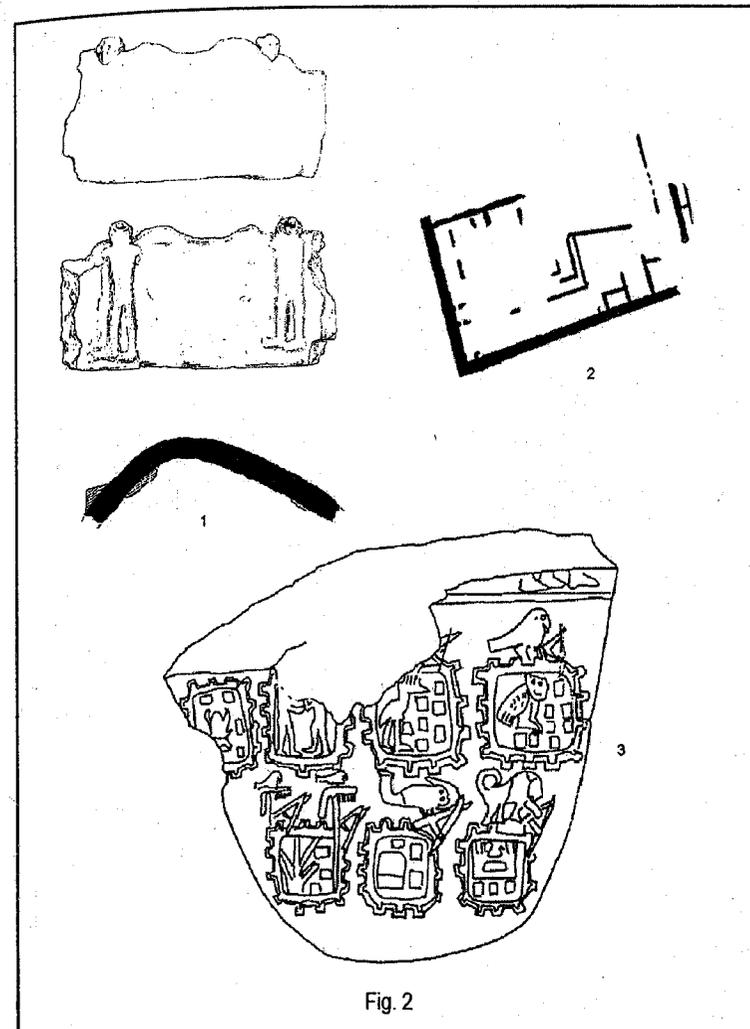


Fig. 2: Probables murallas.
2.1: modelo de Abadiya; 2.2: muros en Nagada (*South Town*); 2.3: paleta de las ciudades.
(De: Gilbert 2004, 98; Petrie y Quibell 1896: pl. 85; Midant-Reynes 1992, 229).

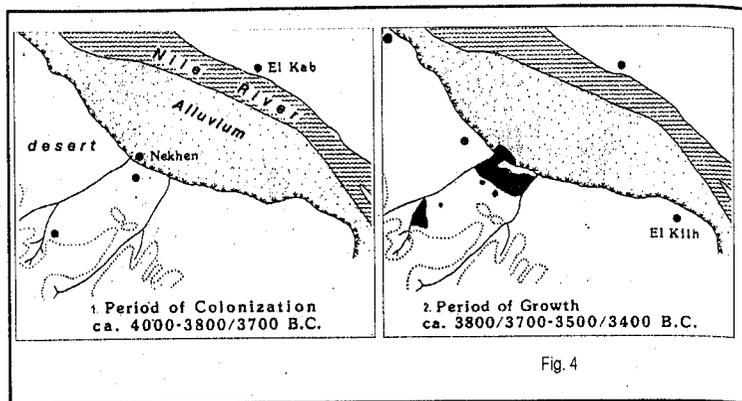


Fig. 4: Expansión de Hieracómpolis
4.1: período de colonización; 4.2: período de crecimiento (De: Hoffman *et al.* 1986, 182).

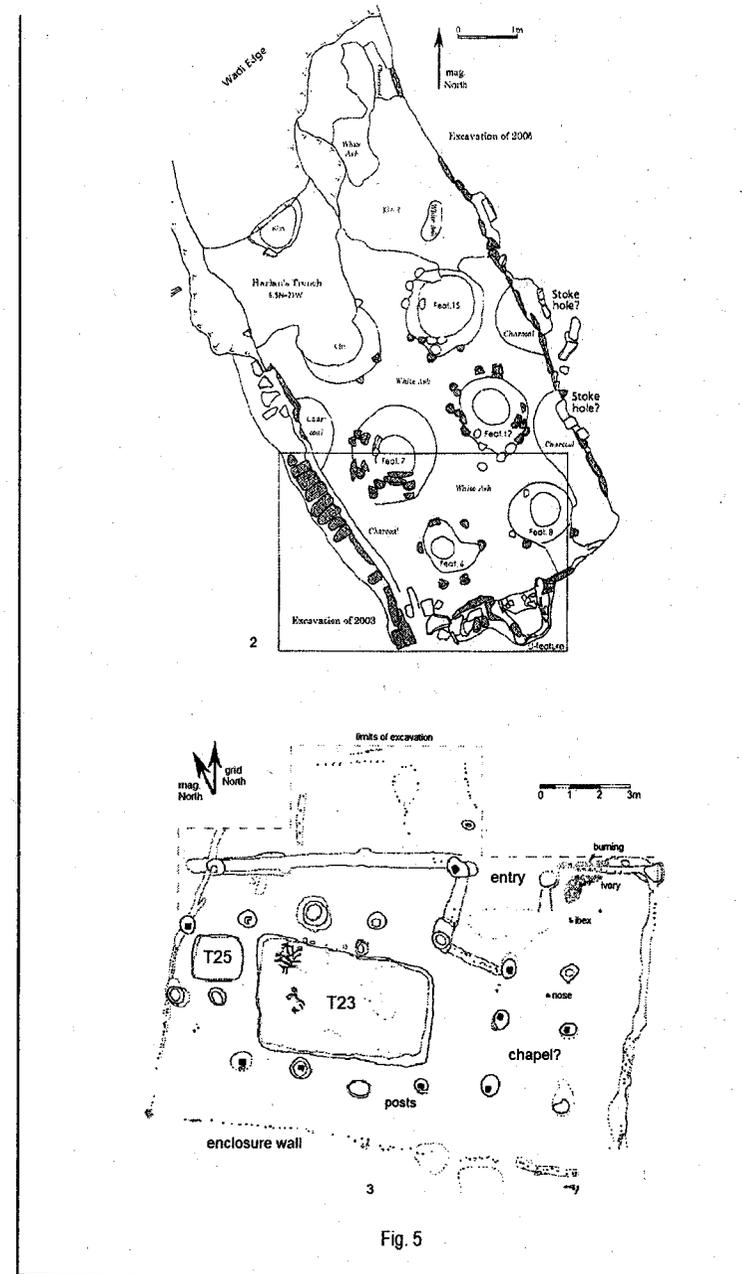
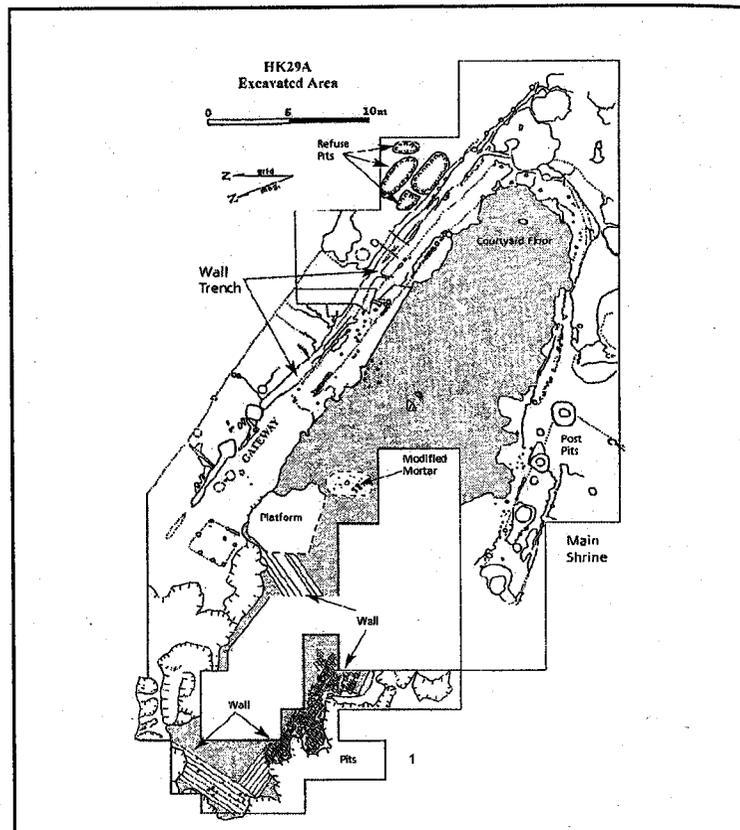


Fig. 5: Sitios en Hieracómpolis
5.1: HK29A (complejo ceremonial); 5.2: HK11C (elaboración de cerveza); 5.3: Tumba 23 en el Cementerio HK6 (De: Friedman 2003, 4; Takamiya 2005, 18; Friedman 2005a, 4).

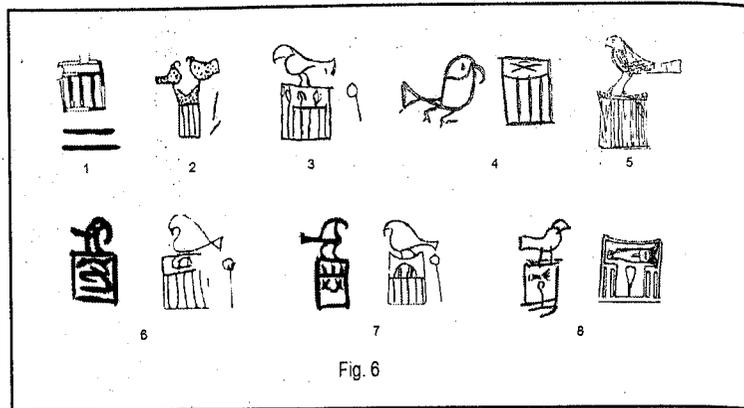


Fig. 6: Primeros serejs
6.1: Tumba U-s de Abidos; 6.2: serej de "Dos Halcones"; 6.3: serejs de "Tres Mazas";
6.4: "Ny-Neith"; 6.5: serej en el Dyebel Chauti; 6.6: "Cocodrilo"; 6.7: Ka; 6.8: Nármer
(De: Dreyer 1992, 262; 1998, 88; van den Brink 1996, 142; 2001b, 41; Darnell 2002,
19; Petrie 1902, pl. 1; Cervelló 1996: 327).

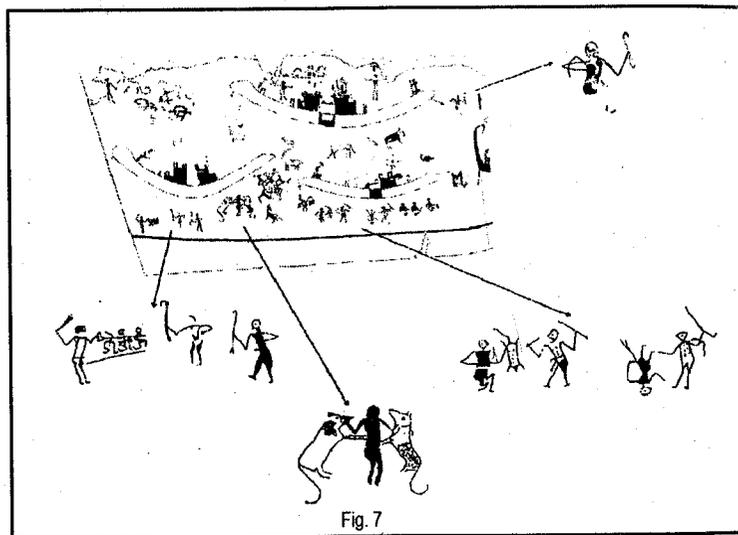


Fig. 7: Escenas decoradas en la Tumba 100 de Hieracópolis
(De: Cervelló 1996, 325).

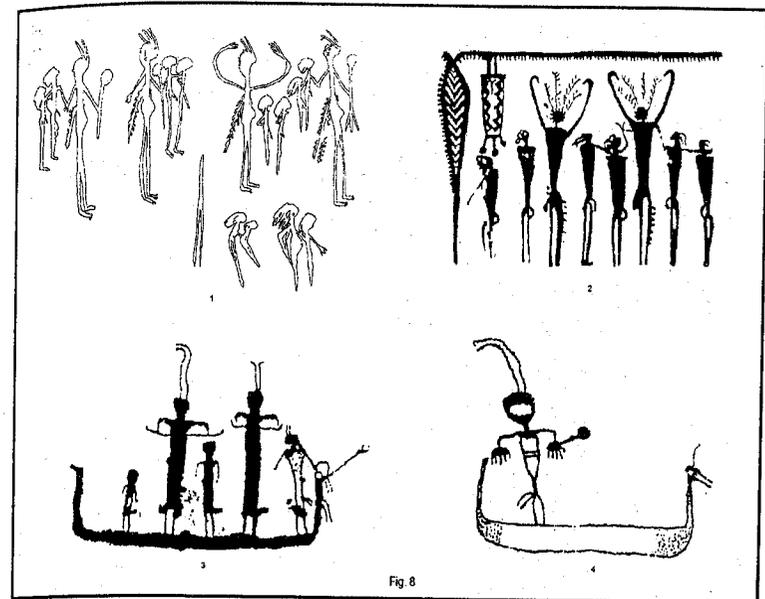


Fig. 8: Liderazgo y ritual en tiempos pre-estatales
8.1: decoración de un vaso de la tumba U-239 (Abydos); 8.2: decoración del vaso E3002 de
Bruselas; 8.3 y 8.4: grabados rupestres en el desierto oriental (De: Dreyer *et al.* 1998, 114;
Vandier 1952, 174; Winkler 1938, pl. 37).

Bibliografía

- Adams, B. (1995). *Ancient Nekhen. Garstang in the City of Hierakonpolis*, Egyptian Studies Association 3, New Malden.
- Allen, J.P. (2005). *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Writings from the Ancient World 23, Atlanta.
- Andelkovic, B. (1995). *The Relations Between Early Bronze Age I Canaanites and Upper Egyptians*, Belgrade.
- Baines, J. (1995). "Origins of Egyptian Kingship", en O'Connor, D. y Silverman, D.P. (eds.), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, 95-156.
- Bard, K. (1987). "The Geography of Excavated Predynastic Sites and the Rise of Complex Society", *Journal of the American Research Center in Egypt* 24, 81-93.
- Adler, A. (1978). "Le pouvoir et l'interdit", en AA.VV., *Systèmes de signes. Textes réunis en hommage à Germaine Dieterlen*, Paris, 25-40.
- Adler, A. (2007 [1987]). "La guerra y el Estado primitivo", en Abensour, M. (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, 163-188.

- Bard, K. (1992). "Toward an Interpretation of the Role of Ideology in the Evolution of Complex Society in Egypt", *Journal of Anthropological Archaeology* 11, 1-24.
- Bard, K. (1994). *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield.
- Bard, K. y Carneiro, R. (1989). "Patterns of Predynastic Settlement Location, Social Evolution, and the Circumscription Theory", *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 11, 15-23.
- Beck, R.A. (2003). "Consolidation and Hierarchy: Chiefdom Variability in the Mississippian Southeast", *American Antiquity* 68 (4), 641-61.
- Berger, M. (1992). "Predynastic Animal-Headed Boats from Hierakonpolis and Southern Egypt", en Friedman, R.F. y Adams, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, 107-20.
- Brumfiel, E.M. (1989). "Factional Competition in Complex Society", en Miller, D., Rowlands, M. y Tilley, E. (eds.), *One World Archaeology. 3. Domination and Resistance*, London, 127-39.
- Brumfiel, E.M. (1994). "Factional Competition and Political Development in the New World: An Introduction", en Brumfiel, E. y Fox, J. (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, Cambridge, 3-13.
- Bujra, J.M. (1973). "The Dynamics of Political Action: A New Look at Factionalism", *American Anthropologist* 75, 132-52.
- Campagno, M. (1998). *Surgimiento del Estado en Egipto: Cambios y Continuidades en lo Ideológico*, Buenos Aires.
- Campagno, M. (2000). "Hacia un uso ne-evolucionista del concepto de 'sociedades de jefatura'", *Boletín de Antropología Americana* 36, 137-47.
- Campagno, M. (2001). "¿Asia o África? El motivo predinástico del 'Señor de los animales' en el Antiguo Egipto", *Estudios de Asia y África* 116, 419-30.
- Campagno, M. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*, Aula Ægyptiaca-Studia 3, Barcelona.
- Campagno, M. (2004). "In the Beginning was the War. Conflict and the Emergence of the Egyptian State", en Hendrickx, S., Friedman, R.F., Ciałowicz, K.M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August - 1st September 2002)*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leuven, 689-703.
- Campagno, M. (2006). "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto. Lógica de parentesco, lógica de Estado", en Campagno, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, Buenos Aires, 15-50.
- Case, H. y Payne, J. C. (1962). "Tomb 100: The Decorated Tomb at Hierakonpolis", *Journal of Egyptian Archaeology* 48, 5-18.
- Cervelló Autuori, J. (1996). *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Aula Orientalis-Supplementa 13, Sabadell.
- Cervelló Autuori, J. (2009). "El rey ritualista. Reflexiones sobre la iconografía del festival de Sed egipcio desde el Predinástico tardío hasta fines del Reino Antiguo", en Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. (eds.), *Política y religión en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, 61-102.
- Darnell, J. (2002). *Theban Desert Road Survey in the Egyptian Western Desert, Volume 1: Gebel Tjauti Rock Inscriptions 1-45 and Wadi el-Höl Rock Inscriptions 1-45*, Chicago.
- Dreyer, G. (1992). "Horus Kokodril, ein Gegenkönig der Dynastie 0", en Friedman, R. y Adams, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Egyptian Studies Association Publication 2 / Oxbow Monographs 20, Oxford, 259-263.
- Dreyer, G. (1998). *Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*, Archäologische Veröffentlichungen des Deutschen Archäologischen Instituts 80, Mainz.
- Dreyer, G. et al. (1998). "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Institut abteilung Kairo* 54, 77-167.
- Eisenstadt, S.N. y Roniger, L. (1984). *Patrons, Clients, and Friends. Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge.
- Evans-Pritchard, E.E. (1977 [1940]). *Los Nuer*, Barcelona.
- Faulkner, R.O. (1969). *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford.
- Feeley-Harnik, G. (1985). "Issues in Divine Kingship", *Annual Review of Anthropology* 14, 273-313.
- Figueiredo, A. (2004). "Locality HK6 at Hierakonpolis: Results of the 2000 Field Season", en Hendrickx, S., Friedman, R.F., Ciałowicz, K.M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August - 1st September 2002)*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leuven, 1-23.
- Finkenstaedt, E. (1984). "Violence and Kingship: The Evidence of the Palettes", *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 111, 107-10.
- Fox, J. (1994). "Conclusions: Moiety Opposition, Segmentation, and Factionalism in New World Political Arenas", en Brumfiel, E. y Fox, J. (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, Cambridge, 199-206.
- Frankfort, H. (1976 [1948]). *Reyes y Dioses*, México.
- Frazer, J. (1944 [1922]). *La rama dorada*, México.
- Fried, M. (1979 [1960]). "Sobre la evolución de la estratificación social y el Estado", en Llobera, J. (comp.), *Antropología política*, Barcelona, 133-51.
- Friedman, R.F. (1996). "The Ceremonial Centre at Hierakonpolis: Locality HK29A", en Spencer, J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, 16-35.
- Friedman, R.F. (2003). "Return to the Temple: Excavations at HK29A", *Nekhen News* 15, 4-5.

- Friedman, R.F. (2004). "Predynastic Kilns at HK11C: One side of the Story", *Nekhen News* 16, 18-19.
- Friedman, R. F. (2005a). "Excavating Egypt's Early Kings", *Nekhen News* 17, 4-6.
- Friedman, R.F. (2005b). "Hiérakonpolis. Berceau de la royauté", *Dossiers d'Archéologie* 307, 62-73.
- Friedman, R.F. (2008). "The Cemeteries of Hierakonpolis", *Archéo-Nil* 18, 8-29.
- Geller, J. (1989). "Recent Excavations at Hierakonpolis and their Relevance to Predynastic Production and Settlement", *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 11, 41-52.
- Geller, J. (1992). "From Prehistory to History: Beer in Egypt", en Friedman, R.F. y Adams, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxbow Monograph 20, Oxford, 19-26.
- Geller, J. (2007). "Beer Capital of the South? Excavations at HK24B", *Nekhen News* 19, 25.
- Gellner, E. y Waterbury, J. (1977). *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, London.
- Ghasarian, Ch. (1996). *Introduction à l'étude de la parenté*, Paris.
- Gilbert, G.P. (2004). *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, British Archaeological Reports International Series 1208, Oxford.
- Girard, R. (1995 [1983]). *La violencia y lo sagrado*, Barcelona.
- Gouldner, A. (1973). *La sociología actual. Renovación y crítica*, Madrid.
- Harlan, F.J. (1985). *Predynastic Settlement Patterns: A View from Hierakonpolis*, Saint Louis.
- Hassan, F. (1988). "The Predynastic of Egypt", *Journal of World Prehistory* 2, 135-85.
- Helck, W. (1959). "Die Soziale Schichtung des Ägyptischen Volkes im 3. Und 2. Jahrtausend v. Chr.", *Journal of Economic and Social History of Orient* 2, 1-36.
- Helck, W. (1987). *Untersuchungen zur Thinitenzeit*, Wiesbaden.
- Hendrickx, S. (1998). "Peaux d'animaux comme symboles prédynastiques", *Chronique d'Égypte* 73, 203-30.
- Hendrickx, S. (2001). "Arguments for an Upper-Egyptian Origin of the Palace-façade and the *Serekh* during the Late Predynastic-Early Dynastic times", *Göttinger Miszellen* 184, 85-110.
- Hendrickx, S. (2008). "Les grands mastabas de la Ire dynastie à Saqqara", *Archéo-Nil* 18, 61-88.
- Heusch, L. de (1981). "Nouveaux regards sur la royauté sacrée", *Anthropologie et Sociétés* 5, 65-84.
- Heusch, L. de (1990). "Introduction", en Heusch, L. de (ed.), *Chefs et Rois Sacrés. Systèmes de pensée en Afrique noire* 10, 7-33.
- Heusch, L. de (2007 [1987]). "La inversión de la deuda (proposiciones acerca de las realzas sagradas africanas)", en Abensour, M. (ed.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, 95-120.
- Hikade, Th. (2006). "Our First Season at Hierakonpolis", *Nekhen News* 18, 4-5.
- Hikade, Th. (2007). "Nothing is More Permanent than a Posthole", *Nekhen News* 19, 4-5.
- Hoffman, M.A. (1979). *Egypt before the Pharaohs*, New York.
- Hoffman, M.A. (1982). *The Predynastic of Hierakonpolis*, Egyptian Studies Association 1, Giza-Macomb.
- Hoffman, M. (1989). "Packaged Funerals and the Rise of Egypt", *Archaeology* 42, 48-51.
- Hoffman, M.A., Hamroush, H.A. y Allen, R.O. (1986). "A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times", *Journal of the American Research Center in Egypt* 23, 175-87.
- Iniesta, F. (1992). *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Madrid.
- Jiménez Serrano, A. (2001). "The Origin of the Palace-façade as Representation of the Lower Egyptian Élites", *Göttinger Miszellen* 183, 71-82.
- Keeley, L.H. (1996). *War before civilization. The myth of the peaceful savage*, New York-Oxford.
- Kelly, R.C. (2000). *Warless Societies and the Origin of War*, Ann Arbor.
- Kopytoff, I. (1999). "Permutations in patrimonialism and populism: the Aghem chiefdoms of Western Cameroon", en McIntosh, S.K. (ed.), *Beyond Chiefdoms. Pathways to Complexity in Africa*, Cambridge, 88-96.
- Lemche, N.P. (1995). "From Patronage Society to Patronage Society", en Fritz, V. y Davies, P. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, Sheffield, 106-20.
- Maisels, Ch. (1987). "Models of Social Evolution: Trajectories from the Neolithic to the State", *Man (N.S.)* 22, 331-59.
- Maisels, Ch. (1999). *Early Civilizations of the World. The Formative Histories of Egypt, The Levant, Mesopotamia, India and China*, London.
- Majer, J. (1992). "The Egyptian Desert and Egyptian Prehistory", en Friedman, R.F. y Adams, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, 227-34.
- Mark, S. (1997). *From Egypt to Mesopotamia. A Study of Predynastic Trade Routes*, London.
- Midant-Reynes, B. (1992). *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons*, Paris.
- Midant-Reynes, B. (2003). *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État*, Paris.
- Monnet-Saleh, J. (1986). "Interpretation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte. Partie I", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 86, 227-38.
- Monnet-Saleh, J. (1990). "Interpretation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte. Partie II", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 90, 259-79.
- Muller, J.-C. (1975). "La royauté divine chez le Rukuba", *L'Homme* 15, 5-27.
- Muller, J.-C. (1990). "Transgression, rites de rajeunissement et mort culturelle du roi chez les Jukun et les Rukuba (Nigeria central)", en Heusch, L. de (ed.), *Chefs et Rois Sacrés. Systèmes de pensée en Afrique noire* 10, 49-67.

- O'Brien, A. (1996). "The Serekh as an Aspect of the Iconography of Early Egyptian Kingship", *Journal of Egyptian Archaeology* 33, 123-38.
- O'Connor, D. (1993). *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Philadelphia.
- Otterbein, K.F. (2004). *How War Began*, College Station, Texas.
- Payne, J. C. (1993). *Catalogue of the Predynastic Egyptian Collection in the Ashmolean Museum*, Oxford.
- Petrie, W. M. F. y Quibell, J.E. (1896) *Naqada and Ballas*, Egyptian Research Account 1, London.
- Petrie, W.M. F. (1902). *Abydos I*, Egypt Exploration Fund 22, London.
- Quibell, J.E. y Green, F.W. (1902). *Hierakonpolis II*, British School of Archaeology in Egypt 5, London.
- Redford, D. (1992). *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton.
- Redford, D. y Redford, S. (1989). "Graffiti and Petroglyphs Old and New from the Eastern Desert", *Journal of the American Research Center in Egypt* 26, 3-50.
- Sahlins, M. (1978). "Economía tribal", en Godelier, M. (ed.), *Antropología y Economía*, Barcelona, 233-59.
- Sahlins, M. (1981). "The Stranger-King: Or Dumézil among the Fijians", *The Journal of Pacific History* 16, 107-32.
- Sahlins, M. (1983 [1974]). *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid.
- Seligman, C. (1934). *Egypt and Negro Africa. A Study in Divine Kingship*, London.
- Sethe, K. (1908). *Die altägyptische Pynamidentexte*, vol. I, Leipzig.
- Sethe, K. (1910). *Die altägyptische Pynamidentexte*, vol. II, Leipzig.
- Shaw, I. (1991). *Egyptian Warfare and Weapons*, Aylesbury.
- Shinnie, P. (1996). *Ancient Nubia*, London.
- Spencer, J. (1993). *Early Egypt*, London.
- Takamiya, I.H. (2004a). "Development of Specialisation in the Nile Valley during the 4th Millennium BC", en Hendrickx, S., Friedman, R.F., Ciałowicz, K.M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Krakow, 28th August - 1st September 2002), Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leuven, 1027-39.
- Takamiya, I.H. (2004b). "Kilns in Square A6: The Other Side of the Story", *Nekhen News* 16, 19-20.
- Takamiya, I.H. (2005). "Another look at HK11C Squares A6-A7", *Nekhen News* 17, 18-19.
- Trigger, B.G. (1985 [1983]). "Los comienzos de la civilización egipcia", en Trigger, B.G., Kemp, B.J., O'Connor, D. y Lloyd, A.J. (eds.), *Historia del Antiguo Egipto*, Barcelona, 15-97.
- Trigger, B.G. (1987). "Egypt: A Fledgling Nation", *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 17, 58-66.
- Van Bulck, V. (1959). "La place du roi divin dans les cercles culturels d'Afrique noire", en *La Regalità sacra. Contributi al tema dell'VIII Congresso Internazionale di Storia delle Religioni (Roma, aprile 1955)*, Leiden, 98-134.
- van den Brink, E.C.M. (ed.) (1992). *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd Millennium B.C.*, Tel Aviv.
- van den Brink, E.C.M. (1996). "The Incised Serekh-Signs of Dynasties 0-1, Part I: Complete Vessels", en Spencer, J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, 140-158.
- van den Brink, E.C.M. (2001a). "Some Comments in the Margins of 'The Origin of the Palace-façade as Representation of the Lower Egyptian Éléites'", *Göttinger Miszellen* 183, 99-111.
- van den Brink, E.C.M. (2001b). "The Pottery-Incised Serekh-Signs of Dynasties 0-1, Part II: Fragments and Additional Complete Vessels", *Archéo-Nil* 11, 24-100.
- van den Brink, E.C.M. y Levy, Th.E. (eds.) (2002). *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium B.C.E.*, London-New York.
- van den Brink, E.C.M. y Yannai, E. (eds.) (2002). *In Quest of Ancient Settlements and Landscapes. Archaeological Studies in Honour of Ram Gophna*, Tel Aviv.
- Vandier, J. (1952). *Manuel d'archéologie égyptienne. I: Les époques de formation*, Paris.
- Webster, D. (1975). "Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration", *American Antiquity* 40, 464-70.
- Webster, G. (1990). "Labor control and emergent stratification in Prehistoric Europe", *Current Anthropology* 31, 337-66.
- Wengrow, D. (2006). *The Archaeology of Early Egypt. Social Transformations in North-East Africa, 10,000 to 2650 BC*, Cambridge.
- Wignall, S. (1998). "The Identification of the Late Prehistoric Serekh", *Göttinger Miszellen* 162, 93-105.
- Wilkinson, T.A.H. (2000). "Rock Drawings of the Eastern Desert. Survey Expedition December 1999", en Rohl, D. (ed.), *The Followers of Horus. Eastern Desert Survey Report*, vol. I, Abingdon, 158-65.
- Williams, B.B. (1986). *The A-Group Royal Cemetery at Qustul: Cemetery L*, Chicago.
- Williams, B.B. (1994). "Security and the problem of the city in the Naqada period", en Silverman, D.P. (ed.), *For his Ka: Essays Offered in Memory of Klaus Baer*, Studies in Ancient Oriental Civilization 55, Chicago, 271-83.
- Williams, B.B. y Logan, Th.J. (1987). "The Metropolitan Museum Knife Handle and Aspects of Pharaonic Imagery before Narmer", *Journal of Near Eastern Studies* 46, 245-85.
- Winkler, H. (1938). *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, vol. I, London.
- Wolff, S. (ed.) (2001). *Studies in the Archaeology of Israel and Neighboring Lands in Memory of Douglas L. Esse*, Studies in Ancient Oriental Civilization No. 59, Chicago.
- Yoffee, N. (2005). *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge.
- Young, M. (1966). "The Divine Kingship of the Jukun: A Re-evaluation of some Theories", *Africa* 36, 135-53.